



ENTREVISTA CON EL DOCTOR EN DERECHO Y CIENCIAS DE LAS RELIGIONES ALBERTO GIL IBÁÑEZ

Interview with Doctor in Law and Sciences of Religions Alberto Gil Ibáñez



Alberto Gil Ibáñez

La *Revista Internacional de Humanidades Médicas* —*MEDICA Review*— entrevista Alberto Gil Ibáñez¹ (1963). Escritor y ensayista. Doctor en Derecho por el Instituto Universitario de Florencia (Italia) y Doctor (premio extraordinario) en Ciencias de las Religiones por el Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones (Universidad Complutense). Pertenece al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado y es

¹ Entrevista concedida en 17/12/2021 al codirector de *MEDICA REVIEW*—*Revista Internacional de Humanidades Médicas*, Simeão Donizeti Sass. Esta entrevista cuenta con la autorización de Alberto Gil Ibáñez.

Diplomado en altos estudios de la Defensa (CESEDEN). Pertenece al Grupo de Reflexión del Instituto Universitario de Estudios Europeos y al Aula Política del Instituto de Estudios de la Democracia, dentro de la Universidad San Pablo-CEU (Madrid).

Desde hace más de diez años se ha especializado en el estudio de la relación entre Historia, Cultura y Liderazgo. Ha publicado dos novelas, numerosos artículos y más de diez libros que abarcan la reforma institucional, el Derecho, la Ciencia Política o la Historia. De ellos, cabe destacar el libro colectivo (que coordinó junto a Ramón Marcos) *A favor de España: el coste de la*

ruptura (2014), *La Conjura silenciada contra España: la manipulación franco-anglosajona de nuestra Historia y sus quintacolumnistas ingenuos* (2016) y *La Leyenda Negra. Historia del odio a España* (2018). Su último libro se titula *La Guerra cultural. Los enemigos internos de España y Occidente* (2020). Sus artículos especializados se han ocupado de asuntos, entre otros, como: *¿Por qué fracasan los países?*, *El enemigo interno de Occidente*, *¿Existe un derecho ilimitado a crear nuevos Estados-nación?*, *La leyenda aurea del separatismo en cuestión*, *De la tecnología a la tecnocracia: ¿fortaleza o amenaza?* o *Nationalism and Right to Secession: New States, Identities and Global Security*. Es miembro de Asociación de Diplomados en Altos Estudios de la Defensa Nacional, de la Asociación Española para el Estudio del Derecho Europeo y de la Asociación Española de Ciencias de las Religiones. Colabora con los periódicos *ABC*, *El Español*, *El Confidencial* y *Vozpopuli*.

Simeão Donizeti Sass (S. D. S.) ¿Cómo fue tu período de formación académica?

Alberto Gil Ibáñez (A. G. I.) Tras obtener la licenciatura de Derecho superé una oposición al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado (alto funcionario). Especializado en derecho europeo pasé dos años en Maastricht (Holanda) como *lecturer* en el Instituto Europeo para la Administración Pública. De ahí pedí una licencia por estudios para realizar un Doctorado en Derecho en el Instituto Universitario Europeo (IUE) de Florencia (Italia). Posteriormente obtuve un segundo doctorado en Ciencias de las Religiones por la Universidad Complutense de Madrid.

Desde entonces me quedó claro que la cuestión crucial para entender el funcionamiento de las sociedades, los países y hasta de los seres humanos, era la relación entre Historia y Cultura, entendida esta última como «el conjunto de valores, principios, creencias o sobreentendidos que permean, dirigen o sustentan implícita o explícitamente el funcionamiento de una sociedad o comunidad, permitiendo igualmente la comunicación entre los individuos que la conforman». Esta definición entronca con las concepciones de grandes pensadores, desde el fundador de la antropología académica, Edward Burnett Tylor, pasando por C.S. Coon o Marvin Harris. Fruto de este interés he escrito dos libros sobre la leyenda negra hispanófoba y un tercero,

más general y actual, sobre la *Guerra Cultural: los enemigos internos de España y Occidente*, además de casi un centenar de artículos en periódicos y revistas especializadas.

(S. D. S.) ¿Qué es el método relacional-integral que utilizas en tu último libro?

(A. G. I.) En mis dos tesis doctorales apliqué un enfoque interdisciplinar que no he abandonado. De hecho, el IUE era famoso por aplicar la técnica del *law in context*, y el segundo doctorado lo hice dentro de un Instituto Interuniversitario (IUCCRR) que buscaba precisamente esa interdisciplinariedad aplicada al estudio de las religiones. El método relacional-integral comencé a utilizarlo en mi segunda tesis, titulada *Religión, Mal y Saber: una lucha relacional-integral frente a una realidad ambivalente*, que obtuvo el premio extraordinario de ese año (2011). La razón es que para abordar el estudio de «asuntos complejos» no es suficiente la mera interrelación de disciplinas diversas, como tampoco podemos limitarnos a relacionar horizontalmente elementos aparentemente contradictorios y paradójicos, sino que se trata de integrarlos verticalmente para «subir de nivel».

En mi último libro (*La Guerra Cultural*), cada capítulo y apartados principales comienzan identificando el par de contradicciones que bloquea el debate en cada cuestión (por ejemplo, «todos somos iguales»/«todos somos diversos») para terminar, tras valorarlas, proponiendo una conclusión que relaciona e integra opuestos. Ese método lo complemento con el enfoque «retrocausal»: todo fenómeno complejo es multicausal, por lo que debe ser analizado desde más de un punto de vista, huyendo de aproximaciones superficiales, yendo a lo profundo, buscando la causa de la causa (la causa del mal causado), la causa/realidad implícita o subyacente que se encuentra tras la causa/realidad aparente (cfr. David Bohm) huyendo de los peligros del *single-cause approach*.

Otra de las relevantes aportaciones del libro es la idea que existe una constante *argenta* (por el paralelismo con la proporción «áurea») que rige en la sociedad la cual (20/60/20), como ocurre con la naturaleza, estaría sometida a algunas leyes. Se fundamenta tanto en estudios psicológicos como sociológicos, incluido el principio de Pareto, pues siempre existe como

mínimo un 20% que se resiste al cambio o a la uniformidad, eso sí tanto para bien como para mal.

(S. D. S.) ¿Cuáles son las motivaciones para escribir *La Guerra Cultural* y por qué es importante este tema en la actualidad?

(A. G. I.) El término *guerra cultural* ha pasado a formar parte de nuestro paisaje intelectual y mediático, si bien normalmente pocas veces se aclara exactamente qué significa y tras su uso suele haber poco más que algunas frases hechas o unos planteamientos vagos que la relacionan con la «nueva» guerra híbrida de la desinformación y las *fake news*. Tiene que ver con la batalla por el relato, pero va mucho más allá. Precisamente mi interés por la Historia de la Cultura proviene de observar que en Occidente, y de manera singularizada en España, estamos experimentando un cambio de valores, costumbres y creencias acelerado, probablemente en su origen lleno de buenas intenciones, pero que a la postre nos está llevando al caos y el suicidio colectivo. Paradójicamente, estudiando los conflictos entre grandes modelos culturales a lo largo de la Historia es como llego a descubrir la leyenda negra anti-española, a la que considero la primera guerra cultural autónoma, es decir, sin necesidad de presencia en el territorio.

El realidad, todos los Imperios han tratado de imponer «su» cultura cuando invadían nuevos territorios; un claro ejemplo es el romano, que lo consiguió en España y en otros lugares, otro el del Imperio árabe, que no lo consiguió en España, pero sí en otros lugares. Sin embargo, a partir del siglo XVI, con la aparición de la imprenta, la guerra cultural ya no requiere dominar el territorio ajeno. Desde entonces cualquier gobierno o «agente» con poder suficiente para ejercer el «arte de la propaganda» y una estrategia clara puede participar de la guerra cultural; basta tener y mantener una estrategia adecuada ayudados de herramientas como el panfleto, los pasquines o la hoja volandera. Hasta llegar a la actualidad con el dominio de los grandes medios de comunicación y las redes sociales (*fake news* o simplemente «bulos y patrañas»), así como su infiltración en el mundo académico y educativo. Al discrepante cuando no se le puede convencer con esas armas, se le aparta, silencia, desprestigia o expulsa cuando no directamente se le elimina.

Han existido al menos cuatro conflictos entre grandes modelos culturales: entre el mundo hispano (e ibérico) y el marco anglosajón y francés; entre el catolicismo y el protestantismo (relacionado con el anterior), entre el mundo árabe y el judeo-cristiano y entre el comunismo y el capitalismo, la llamada «guerra fría cultural» para la que me remito al «iluminador» libro de Frances S. Saunders. Hoy vivimos el quinto gran conflicto: la diana a batir en esta ocasión es Occidente, explotando sus flancos más débiles no sólo a nivel colectivo, sino también individual. La particularidad es que el mayor enemigo, sin despreciar a nuestros adversarios externos (desde China al mundo árabe o Rusia, paradójicamente cada día más convencidos de sus raíces culturales y valores), lo tenemos dentro: el enemigo interno, para cuya puñalada nunca se está preparado porque suele ser un compatriota, incluso un presunto amigo o familiar. A fin de cuentas, el primer conflicto del que se tiene memoria sucedió en el ámbito de la familia (Caín y Abel) y no ganó precisamente el bueno.

(S. D. S.) En tu libro *La Guerra Cultural* afirmas que «el virus cultural de la postmodernidad está transformando nuestras vidas». ¿Podría explicar esto?

(A. G. I.) Tras la II Guerra Mundial (en realidad una guerra civil occidental) y los excesos del colonialismo, Occidente entró en crisis de identidad. Algo hicimos mal, con el triunfo del fascismo y el comunismo, y a muchos jóvenes no les parecía suficiente la construcción del Estado de bienestar y el reforzamiento del liberalismo político. Justo cuando mejor estábamos y menos desigualdad económica existía (años 60 del pasado siglo) surgió el *Mayo del 68* y el *movimiento hippie*, que daría lugar a lo que hoy conocemos como *posmodernidad*. Las intenciones probablemente eran buenas: huir de verdades sólidas y destruir los «grandes relatos» para generar más libertad y más pluralismo, pero ya uno de sus principales creadores intelectuales, J. F. Lyotard, se dio cuenta de que si cualquier verdad podía ser legítima (relativismo), también lo podía ser volver al nazismo.

A pesar de sus advertencias, el virus posmoderno se ha extendido como una pandemia cultural por todos los resquicios y colectivos. Al «velo de la ignorancia» hemos añadido el «velo de la ingenuidad». Por querer

tenerlo todo podemos quedarnos sin nada. La edad de la información masiva ha producido paradójicamente la edad del aturdimiento, la confusión y el pensamiento superficial. Vivimos una época de excesos que ha generado turbación, ansiedad, desequilibrio e incluso la desintegración del individuo. El sano debate de ideas se encuentra bloqueado bajo la tiranía de contradicciones irredentas y el pensamiento superficial. La búsqueda de soluciones se pierde en paradojas que llevan a la confusión. Pasamos de querer proteger a los «dependientes» a incrementar el sentido de «dependencia» del Estado o de una supuesta milagrosa combinación de ansiolíticos y opiáceos.

Se habla todo el día de «innovación» como solución mágica a todos los problemas, pero acabamos sometidos a una nueva tiranía: cambia permanentemente todo o date por excluido. Y si no puedes demostrar que los cambios mejoran la sociedad, al menos introduce nuevas palabras para «dar la impresión» que haces algo distinto: disruptivo, resiliencia, empoderamiento. Lo cierto es que no toda innovación es buena ni es la panacea para asegurar nuestro progreso real («si algo funciona, ¿por qué hay que cambiarlo?»). Hay que distinguir entre lo que hay que cambiar y lo que conviene mantener, si no el avance será del tipo «un paso adelante y dos atrás».

(S. D. S.) En tu libro, también insistes en que la crisis de Occidente es esencialmente «cultural y moral» y que ello se traslada a todos los ámbitos, especialmente a la política y la economía.

(A. G. I.) Los *filósofos de la sospecha* lograron matar a Dios, pero el tan ansiado «Superhombre» sigue sin aparecer. Hemos acabado con el predominio de la religión, pero no hemos logrado sustituirla por una nueva ética común digna de tal nombre: los «nuevos» valores (solidaridad, pluralismo, multiculturalidad) no son mejores que los tradicionales (caridad, respeto, amor al prójimo...) pero sí bastante más ambiguos. Por ejemplo, podemos mostrarnos (todo es aparentar) muy solidarios con los que están lejos, pero hacer la vida imposible al vecino de arriba con nuestra música alta o al de abajo con nuestras goteras. Muy ecologistas, pero dejan los parques hechos un desastre, tras una fiesta juvenil de alcohol y humo. Más paradojas. No somos tan racionales como presumimos,

seguimos sin saber por qué pensamos lo que pensamos o sentimos lo que sentimos.

Otra consecuencia del virus cultural postmoderno es la fragmentación política y social. Vivimos una cuádruple crisis:

- Política, por el triunfo de la mediocridad y la olocracia, el triunfo del populismo y la demagogia, la simplificación del discurso, el Estado «borracho» que se muestra incapaz de gastar en lo necesario para derrochar en lo superfluo y en redes clientelares...,
- Social y moral, por el valor olvidado de los valores comunes, la democracia entendida solo en su aspecto procedimental, el diálogo sin límites, los derechos sin deberes...
- Económica, por la preponderancia del consumismo compulsivo-obsesivo y el capitalismo de casino o puramente especulativo,
- Y personal, por la confusión en torno al sentido de la identidad personal y cultural y la fragilidad mental. No por casualidad vivimos en la edad de la ansiedad y la de-presión (falta de capacidad de hacer frente a la presión), a pesar de nuestros pretendidos logros materiales.

De la sociedad sólida hemos pasado a la líquida (Zigmut Bauman), y de ésta a la gaseosa. La exaltación y naturalización de la mediocridad, incluida la de las élites, supone un peligro para la democracia, pues entroniza la incompetencia prepotente, llevando a malas decisiones y a la manipulación de las masas para «huir de la responsabilidad» y echar la culpa de todos nuestros males al «chivo expiatorio» de turno.

(S. D. S.) Dado que esta Revista va dirigida a médicos, me gustaría que nos contaras tu visión sobre los límites de la ciencia, que parece también estamos olvidando

(A. G. I.) Uno de los fundamentos principales del éxito de Occidente es su apuesta por la ciencia. Sin embargo, tendemos a olvidar que la ciencia, al menos la convertida en tecnología, ha tenido siempre dos caras, como el dios Jano: ha servido para mejorar nuestra salud y nuestra calidad de vida, pero también para matar más y mejor y contaminar el medio ambiente, o tal vez

incluso crear nuevos virus..., aunque nos mostremos incapaces de reconocerlo.

Con el desarrollo acelerado de la tecnología hemos pasado de ser los dueños de los aparatos que utilizamos a meros instrumentos prescindibles de estos. De ser las máquinas humano-dependientes para funcionar, hemos pasado a ser los humanos tecno-dependientes para poder seguir con nuestras vidas. Estamos sometidos a una nueva forma de gobierno invisible, que se suma a las clásicas (aristocracia, democracia, oclocracia), y que dirige nuestras vidas sin que seamos muchas veces conscientes de ello: la tecnocracia. De hecho, el verdadero conflicto social ya no está hoy en la lucha de clases económicas, sino entre los tecnócratas y sus máquinas y el resto de los ciudadanos que se convierten en meros vasallos digitales o, lo que es peor, marginados sociales por no poder o no querer utilizar la tecnología.

La tecnología, más que llevarnos al paraíso o al infierno, parece transportarnos al limbo, creando un vacío que puede ser aprovechado para pasar de ser los reyes de la creación a meros vasallos tecnológicos. Si nos ayudó a bajar del árbol para poder vivir en tierra con seguridad, hoy puede llevarnos a buscar refugio en los pocos árboles que queden vivos. Estamos a tiempo de impedir que lo que empezó siendo un medio para mejorar nuestras vidas acabe determinando nuestro fin. De nuevo necesitamos una vuelta al equilibrio y nuevos límites para no dejar a nadie atrás y evitar un colapso del sistema a golpe de virus, sea informático o de otro tipo.

(S. D. S.) ¿Cuál es la importancia de la formación educativa en el campo de las humanidades para la cultura contemporánea?

(A. G. I.) Una sociedad es lo que es su educación. Hemos olvidado que el objetivo del sistema educativo es «acompañar» el proceso de formación de la personalidad y desarrollo de las capacidades, convirtiendo al «impúber» y al «púber» en un ciudadano responsable, consciente de sus obligaciones como miembro de la sociedad, pero al mismo tiempo capaz de ser dueño de su destino y enfrentarse a las dificultades de la vida. Por eso, en alemán el término para la escuela secundaria es *gymnasium*, recordando que para los griegos era un lugar donde se instruía en el deporte, las artes

y las ciencias. Un lugar donde el estudiante debe ejercitarse para superar obstáculos, única forma de desarrollar sus músculos corporales, pero también mentales. Las humanidades son una parte esencial de la receta para que el joven desarrolle su espíritu crítico y su personalidad.

Sin embargo, de los grandes maestros, respetados por todos, hemos pasado al clan/secta de los pedagogos. Es un misterio de dónde sale tanto experto en educación, desde luego no son neurólogos, psicólogos o filósofos. El/la «Sr/a. Maestro/a» ahora es el «profe-colega». Los padres exigentes se han convertido en *mánagers* de futuras estrellas y consentidores en todo lo demás, cuando no pasan directamente a ser víctimas maltratadas... por sus hijos. No estamos ante la generación mejor preparada de la Historia, sino ante la más engañada.

La educación debe huir de los excesos y dogmatismos, reflejando un juego de equilibrios, entre lo nuevo y lo pasado, entre autoridad e imaginación, entre la esfera pública (la vida en sociedad) y la privada (la familia), entre la no discriminación por origen o renta y la necesidad de premiar el esfuerzo y el talento. Si la educación es la política pública por excelencia debe aspirar igualmente a la excelencia, pues si la educación fracasa, todo/s lo/s demás fracasa/mos. Basta dar valor a los héroes en la educación, combinar nuevos y viejos incentivos («ponga un tigre en su vida y verá el salto que pega»), y no olvidar la forja del carácter para hacer frente a la presión, único antídoto real a la «de-presión» que sufren cada vez más jóvenes a los que se engaña diciéndoles que la vida es fácil. De ahí que el suicidio sea un problema mayor en «los países desarrollados» que en el tercer mundo.

(S. D. S.) En tu último capítulo planteas la necesidad de un «renacimiento cultural» para salvar a Occidente de sí mismo ¿en qué consistiría?

(A. G. I.) Llevamos siglos tratando de construir el paraíso en la tierra sin conseguirlo, y con el coste de millones de muertos. Los tiempos cambian, surgen algunas propuestas, se responden algunas preguntas, pero la lucha por la vida, contra la ignorancia y la búsqueda del equilibrio permanecen. Hoy nuestros enemigos internos se están dedicando, armados con el hacha de la ingenuidad sectaria, a cortar las raíces culturales que nos han traído hasta aquí:

filosofía griega, derecho romano, humanismo cristiano, metafísica, escolástica e ilustración. Pero si cortamos las raíces el árbol se cae. Para salvar el árbol de nuestra civilización, propongo lo siguiente:

- Debemos emprender la *modernición*: la sabia combinación de modernidad y tradición. Si cortamos las raíces el árbol se secará sin remedio, mejor concentrarse en la poda y tal vez algún injerto o nueva raíz, pero sin despreciar lo mejor de nuestro pasado.
- Para ganar el futuro no podemos despreciar lo mejor de nuestro pasado, sino en su caso actualizarlo. Como dicen los franceses: *reculer pour mieux sauter*. En cuanto a España propongo de manera específica un dodecálogo para un recambio cultural, que no puedo detallar aquí.
- No hay verdadera ética sin límites (*nulla ethica sine finibus*). Necesitamos concretar los límites que pongan coto a los variados excesos en que hemos caído tanto a nivel individual y colectivo, volviendo al camino del medio: el *in medio virtus est* aristotélico.

- Debemos volver a la búsqueda del equilibrio, de la sensatez, del camino del medio. No ocultar el lado oscuro de la vida, sino prepararnos para hacerle frente, pues el triunfo de la depresión se fundamenta sobre nuestra creciente incapacidad de hacer frente a la presión. «El mal existe. Nosotros, sencillamente hemos perdido la capacidad de reconocerlo» (A. Wolfe).
- Debemos reconocer nuestras limitaciones (humildad), pero sin renunciar a superarnos. La verdad nunca la lograremos al 100%, pero ello no quiere decir que todo valga, ni que todo valga lo mismo.

La solución pasa por combinar libertad e igualdad con competencia y responsabilidad. Debemos ser conscientes de que no hay derechos sin deberes, ni deberes sin derechos, ni valores sin deberes, y que toda sociedad para funcionar requiere un marco moral compartido. Frente a los excesos de uno u otro signo, de nuevo la búsqueda del equilibrio.

Todo esto de manera muy resumida, para quien quiera un análisis más detallado me remito a la lectura del libro.